

## **1ra. Reflexión Consejo Directivo de ACDE**

**18 de marzo 2014**

Comenzaré mi reflexión con algunos supuestos:

En primer lugar supongo que al ser empresarios se tratan de hombres y mujeres pragmáticos, que esperan que sus acciones generen resultados concretos y medibles, que están acostumbrados a transformar la realidad para obtener algo mejor, un nuevo valor o provecho.

Acostumbrados, además, a tomar decisiones, algunas no exentas de cierto sufrimiento o incluso angustia (sobre todo cuando se trata de personas).

Esto último lo destaco porque a su vez, son empresarios que desean que su actividad y decisiones estén enmarcadas en una ética, una moral, en unos valores, que también son parte de la realidad, pero que se presentan de una manera más sutil, silenciosa, a lo que llamaremos "Misterio."

Esto nos exige a nosotros una mirada que va más allá de las cosas, que nos permite descubrir el misterio. Misterio no como algo oculto, sino algo conocido para mí, que forma parte de mi experiencia existencial.

Tienen el deseo, por tanto, de transformar la realidad para sacar de ella lo mejor. Es ésta una tarea sublime, religiosa, vocacional, porque Dios nos llama a cooperar con su acción creadora, somos co-creadores.

Pero el desafío no es fácil, se debe afrontar una tensión entre la realidad tangible que se transforma pretendiendo generar un valor, y la realidad intangible, misteriosa, que es sustento, base y fundamento para la toma de las decisiones que impactan en aquella realidad primera -la que podemos medir, pesar, contar y definir-. Esa tensión nos exige una permanente reflexión.

En segundo lugar, debo suponer que si aquellos valores que toman como propios, son los valores cristianos, entonces la mirada antropológica hace considerar a la persona humana como un ser trascendente, por tanto nunca un medio (eso no sería lícito), sino un fin en sí mismo, la centralidad en la persona humana se transforma en un criterio fundamental, pero no como lo plantea simplemente humanismo, sino un ser trascendente que está más allá de sí mismo, para quien todo fue hecho por el Creador.

En último término cada uno se reconocerá también a sí mismo y a los demás como un misterio. Nos reconocemos no tanto por lo que se define de nosotros, sino por lo que vivimos. Somos más que pura biología, carne, sangre y huesos. Somos más que un cerebro que camina, o incluso que un animal que piensa. Cada uno de nosotros es un "misterio". Ninguna definición del ser humano nos define cabalmente. Somos más que una máquina biológica, somos, además, espíritu y vida.

Cada uno desde su experiencia íntima y vital, se sabe no reducido a una pasión inútil. Con su apertura a la verdad y a la Belleza, su sentido del bien moral, su libertad (que le permite, incluso, aceptar o no a Dios), con la voz de su conciencia y su aspiración al infinito y a la felicidad, su capacidad de amar y de entrega.

Nos rechina vitalmente la posibilidad de que seamos simplemente producto del azar, el resultado casual de la materia fría y apática que moviéndose y transformándose a lo largo del tiempo nos da el existir ¿para qué? ¿para fatigarnos, comer, trabajar, sufrir, en el mejor de los casos amar y finalmente morir? La vida se transforma así en un precipicio hacia la nada. Una mezquina burla, miserable y de mal gusto que nos hace el destino. Sin negar en modo alguno la ciencia y sus descubrimientos, tal posibilidad nos molesta, nos incomoda y frente a ella nos declaramos rebeldes. Pero no como un impulso ciego del espíritu, sino por como decía Pascal “el corazón tiene razones que la Razón no entiende”.

Y es por esa mirada trascendente del ser humano, que nos llenamos de esperanza. El ser humano es constitutivamente un buscador, un buscador de la verdad, del sentido último de su vida, que se sigue haciendo las preguntas de siempre: ¿cuál es mi origen?, ¿quién soy?, ¿para qué vivo?, ¿cuál es mi destino?.

Es por eso que, si nos definimos como empresarios con valores, y valores cristianos, tenemos necesariamente que mirar más allá de lo evidente, más allá de lo obvio. Es decir una mirada al Misterio.

En primer término debemos decir que el misterio no es un incognoscible, que no lo pueda definir o verbalizar, no significa que no pueda conocerlo.

Deberíamos distinguir, entonces, el conocimiento llamémosle “científico”, como aquel que observa la realidad evidente y la mide, la pesa, la describe, la analiza, la define, la cuenta. En cambio el conocimiento de la realidad que llamaremos “Misterio” se aborda desde la Sabiduría, tratándose de una experiencia existencial, íntima y vital, es la realidad que se reconoce, se intuye, se aproxima, finalmente se contempla.

El conocimiento científico requiere prueba o demostración, el misterio en cambio requiere del testimonio, puesto de lo vivo. En el conocimiento científico aplico una determinada técnica a un problema dado, en el caso de la sabiduría se aplica la experiencia de lo vivido a un misterio presente.

El conocimiento científico se puede objetivar, es ajeno a mí ser, es un problema que se presenta ante mí y debo aplicar una determinada técnica para solucionarlo. Por su parte el misterio es subjetivo, me encuentro comprometido en el y se encuentra unido a mí ser.

El lenguaje de la ciencia es duro, frío, matemático, en cambio el lenguaje que intenta hablarnos del misterio es de comunión, poético, comparativo.

El conocimiento científico responde al cómo y la sabiduría (el misterio) responde al para qué, al sentido.

Ejemplos de Misterio: amor, esperanza, fe, mal, yo mismo (mi ser), vida, sufrimiento, muerte, libertad, voluntad, el gozo, la relación con el otro, el encuentro.

¿Quiénes hablan del Amor? ¿Los científicos o los poetas? No podemos encerrar el Amor en una fórmula matemática. Se necesita el lenguaje del poeta que por aproximación, bellamente, intenta decir un algo, como balbuceando, a propósito del aquello que vivo, que experimento, y que reconozco que otros también viven.

Cuándo me reconozco yo mismo como un Misterio y descubro que el otro también es un misterio, entonces las relaciones humanas ya no podrán ser de Sujeto a objeto, pues el otro me compromete, mi mismo Ser se realiza, puesto que "soy con los otros". Porque somos las relaciones que vamos construyendo. Yo no sería el mismo sin las personas con quienes me comprometo día a día.

Ciertamente me puedo acercar al otro como un algo, no como un alguien. Así, instrumentalizo al otro y lo hago un medio que me es útil a mis intereses, al que tomo o descarto como una cosa. En esas relaciones no hay Misterio posible. Son relaciones funcionales, sonrisas falsas, encuentros efímeros que no construyen eternidad.

En cambio cuando un corazón se abre a otro corazón, cuando un "Yo" entra en relación con un "Tú" "se produce una realidad nueva, acontece un "Nosotros". La amistad, la vida matrimonial, las relaciones entre hermanos, familiares, vecinos y compañeros de trabajo y fatiga diaria. El futuro es incierto, nadie sabe lo que pasará mañana, sin embargo, valoramos que merece la pena entrar en relación con el otro simplemente porque sí, para dar lugar al AMOR, que me comprometo con ese otro para el futuro. El compromiso que me hace decir, hoy, cuenta conmigo y pretendo que yo pueda contar contigo.

La apuesta que hace ACDE permite descubrir que el Otro no es un instrumento, sino un "misterio" como yo. Si bien me puedo relacionar con los otros sin que ocurra ese misterio, el admitir que el ser humano es un misterio (mis clientes, mis proveedores, mis colaboradores) en el fondo termina siendo un muy buen "negocio", el mejor "negocio". Porque en esa relación que me comprometo con el otro, puedo obtener lo mejor que el otro pueda dar. No con una mirada simplemente utilitarista, sino porque en eso se va la esencia de lo que es la vida. Por supuesto el compromiso será más profundo y auténtico con aquellos que son más cercanos, con los que he generado un vínculo de amor, pero debemos tener claro que si queremos actuar verdaderamente con valores cristianos, el Otro con quien me relaciono tiene derecho a ser tratado con la misma dignidad con la que deseo ser tratado yo.

Ahora bien, alguno podrá pensar que este cura es un trasnochado, "se nos ha puesto un poco romántico", "Yo tengo que tomar decisiones importantes, tengo que hacer frente a un presupuesto insostenible, a los impuestos, a los problemas con el personal, a mis clientes, a los proveedores, a la competencia, y me viene a hablar del misterio, del amor, de los valores cristianos".

Créanme, -estimo que ya lo saben, lo intuyen-, es un buen negocio actuar con valores que consideren en primer término al ser humano, como lo que es: un Misterio.

Ya habrá ocasión para seguir profundizando.

P. Pablo Coimbra

18 de marzo de 2014

.....